ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

JAULA
DE ORO,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON RAFAEL LOPEZ DEL RIO.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1878

AUMENTO *á la Adicion al Catálogo de* 1.° *de Abril de* 1877.

COMEDIAS Y DRAMAS.

		TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. q[ue] correspon[de]
3	2	Amor á la patria—d. o. v.....	1	D.ª Rosario de Acuña...	Todo.
4	2	Caiga el que caiga—j. o. p...	1	D. Eduardo Sz. Castilla.	»
3	3	Casamientos y vice-versa.....	1	Daniel Balaciart.....	»
4	2	Dios aprieta.....	1	J. Velazquez y Schez..	»
		Dimats 13..	1	José Ovara.........	»
3	3	Dos prófugos—p. o. v........	1	Pascual de Alba....	»
»	»	El conde Patrizio...........	1	G. Sanchez Castilla..	»
10	1	El laurel de Virgilio—d. o. p.	1	Ricardo de Medina..	»
1	10	El premio á la virtud-c. o. v.	1	José Olier..	»
		En el Cármen y por Cármen— j. o. v.................	1	Elías Aguirre.	»
3	1	Fuerza mayor...............	1	José Estremera......	»
3	2	Hay entresuelo.	1	José Estremera.....	»
3	1	Jaula de oro—j. o. p	1	R. Lopez del Rio...	»
4	3	Joaquinito—j. o. p..........	1	M. Rodrigz. Saavedra	»
		La mamá de mi mujer.......	1	Eduardo Maza......	»
6	3	La perla de mi mujer......	1	C. Gil y Luengo....	»
		Lo que no debe perderse.....	1	R. Lopez del Rio....	»
		Los tres novios de la niña....	1	M. Ramos Carrion..	»
4	2	La torre de Talavera.........	1	Eugenio Sellés......	»
3	1	Otro José—c. o. p..........	1	José de Fuentes.....	»
2	2	Por un anuncio.............	1	J. G. de Iribarrén...	»
2	1	Receta contra la bilis—c. o. v.	1	José Trinchant......	»
3	2	Tenorio y Mejía—j. o. v......	1	Leandro Torromé...	»
2	3	Una y no más—c. a. p.......	1	Ricardo Medina.....	»
		Un aprenent de lletí.........	1	José Ovara.........	»
4	2	Un nido de víboras—c. a. p...	1	José de Fuentes.....	»
8	2	El dinero de la hucha—c. a. p.	2	R. Lopez del Río....	»
5	2	El 15 de Febrero—j. o. p....	2	Salvador Lastra.....	»
4	2	Un cuento de niños—c. o. v..	2	Antonio G. Gutierrez.	»
6	2	Un cargo de confianza.......	2	R. Lopez del Rio....	»
5	2	¡Don Martin!................	3	R. Lopez del Rio...	»
		El chiquitin de la casa—j. a. p	3	M. Pina Dominguez..	»
		El más sagrado deber—d. o. v.	3	D. Leopoldo Cano.....	»
3	3	Enseñar al que no sabe-c. o. v.	3	Leandro A. Herrero.	»
5	2 a.	Ethelgiva..................	3	D.ª Elisa de Luxán.....	».
		Fueros y Germanías, ó el encubierto de Valencia.......	3	D. F. Palanca y Roca..	»
		La cruz de plata............	3	F. Palanca y Roca..	»
10	2 a.	La dama del Rey............	3	Valentin Gomez.....	»

JAULA DE ORO.

JAULA DE ORO,

COMEDIA

EN UN ACTO Y EN PROSA,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

DON RAFAEL LOPEZ DEL RIO.

Estrenada con extraordinario éxito en el Teatro de VARIEDADES, la noche del 17 de Diciembre de 1877.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1878.

PERSONAJES.	ACTORES.
SOLEDAD	D.ª MERCEDES GARCÍA.
ERNESTO	D. JOSÉ VALLÉS.
JOSÉ	D. FEDERICO TAMAYO.
DON BERNARDO	D. RAFAEL CASTILLO.
DOS CRIADOS. (No hablan.)	

La accion en Toledo, en casa de Soledad.—Época actual.

AL DISTINGUIDO ACTOR

SR, D. JOSÉ VALLÉS.

Coma paueba de amistad.

R. L. P. E.

ACTO ÚNICO.

Sala elegantísima amueblada. Puerta al foro que da á un salon adornado tambien con gran lujo é iluminado por una araña. Chimenea, primer término izquierda. Puerta segunda izquierda. Puerta primera derecha y ventana segunda. Mesas doradas con espejos, adornos y candelabros. Alfombra, sillería de gran lujo. Dos veladores, uno á la derecha con libros y otro á la izquierda junto al sofá. Sobre el velador de la derecha un quinqué encendido con pantalla, etc. Sobre el de la izquierda bastidor de bordar y una media con sus agujas. Todos los adornos de las mesas, sillería, portiers, con fundas muy oscuras. Al levantarse el telon estará la escena alumbrada únicamente por la luz del quinqué.

ESCENA PRIMERA.

JOSÉ, luégo D. BERNARDO.

JOSE. Las cinco y media y el señor administrador sin parecer! Raro es! Pero es posible que la señora esté sujeta á los caprichos de ese hipócrita de don Bernardo. Y que no cabe duda, en la casa no se hace otra cosa que lo que ese santurron dispone.

BERN. (Saliendo.) Buenas noches, señor mayordomo.

JOSE. Felices, señor administrador.

BERN. Y la señora?

JOSE. En el rosario.

BERN. Supongo, José, que no habrá venido nadie durante mi ausencia?

JOSE. Aquí? Qué cosas tiene usted, don Bernardo. Quién quería usted que hubiera venido?

BERN. (Mientras yo viva, no ha de entrar persona alguna en esta casa.)

JOSE. (No sabe nada este hipocriton.)

BERN. (No estará de más instruir á éste por si acaso...) Amigo José, voy á hacer á usted una pequeña advertencia.

JOSE. (Buena será ella.) Venga.

BERN. Si algun importuno se presenta en casa y desea ver á la señora, usted con mucha política tendrá cuidado de darle con la puerta en las narices.

JOSE. Comprendo la política... (Y á tí.) Pero ¿y si es un pariente el que quiera verla? ¿Acaso doña Soledad no tiene familia?

BERN. En este caso, no hay más remedio que dejarle entrar. Aunque desde la muerte de su hermano no tiene más que un sobrino en Madrid, un tal Ernesto, á quien nunca ha visto y al que pasa una pension de doce mil reales.

JOSE. Hola, un heredero forzoso?

BERN. Si ántes ella no se casa.

JOSE. Casarse la señora? Qué bobada! Su único afan es el socorrer á los desgraciados; ser para ellos como Toledo entero la llama: «La madre de los pobres,» y vivir sola y tranquila en su casa sin ver más hombre que usted, que se administra, digo, que administra sus bienes, yo, su mayordomo y dos criados de confianza.

BERN. Querido José, en el mundo se ven cosas raras y estravagantes.

JOSE. Usted sin ir más léjos...

BERN. Cómo?

JOSE. Digo, que usted anteayer, hablando conmigo de lo mismo, recuérdelo usted, me decía: «amigo mio, la señora

no se casará nunca, téngalo usted por seguro.

BERN. Sí, pero basta un dia, ménos aún, una hora para cambiar de parecer...

JOSE. Toma, eso...

BERN. Supongamos por un momento que usted, como mayordomo y persona de toda su confianza le dijese: «Señora, hay un hombre de cierta edad...» Comprende usted?

JOSE. Sí.

BERN. Práctico en los negocios de la casa... eh?

JOSE. Sí.

BERN. No mal parecido...

JOSE. Sí, como usted.

BERN. Eso, eso es. Prosigo. No mal parecido, que la quiere á usted... que...

ERN. (En la puerta.) Ave María Purísima.

LOS DOS. Sin pecado concebida!

ESCENA II.

DICHOS y ERNESTO.

BERN. Un hombre!

OSE. Quién será?

ERN. Doña Soledad Santibañez...

JOSE. Aquí vi...

BERN. No es aquí. (Levantando más la voz.)

JOSE. (Ah! ya!)

ERN. Entónces, perdonen ustedes si les he molestado...

BERN. Pero diga usted quién es, y acaso...

ERN. Soy Ernesto... El sobrino... de mi tia.

BERN. (Diablo!)

JOSE. (Pues la he hecho buena!)

ERN. (Qué aspecto más lúgubre tiene esta habitacion!)

JOSE. (Á oido usted? Su sobrino!

BERN. Á la simple vista no me parece muy peligroso.)

ERN. Conque no podrán ustedes indicarme donde... tengo unos deseos de conocerla! La debo tantos favores,

que quisiera verla para... (Para sacarla cuatro mil reales que necesito.)

JOSE. (Qué tonto parece!

BERN. Y debe serlo.) Pues bien, jóven. Sus votos van á cumplirse. No tardará usted en ver á su tia, porque esta es la hora en que suele volver del rosario.

ERN. Ah! Luégo esta es su casa? Por fin la voy á ver. (Que cara de bruto tiene este señor.)

BERN. Lo más que debe tardar es un cuarto de hora. Entre tanto el señor, que es su mayordomo, le hará á usted compañía.

ERN. (Este tiene cara de estúpido. Cuál será el más bruto de los dos?)

BERN. Yo... con su permiso voy á dar algunas órdenes. Ha traido usted algun equipaje?

ERN. Sí, una maleta pequeña. Por cierto que al bajar del coche se me cayó y se hizo pedazos. Ordene usted á los criados que tengan cuidado al subirla, sí?

BERN. Oh! Descuide usted! Yo mismo... Adios, jóven. Reconózcame usted por un verdadero amigo. Bernardo Suarez, notario y administrador de su señora tia.

ERN. Caballero...

JOSE. ¡Qué lagarto es este tio!

ESCENA III.

ERNESTO y JOSÉ.

ERN. Tal me parece á mí!

JOSE. Cómo?

ERN. (Demonio!) Digo que es muy simpático y muy amable este caballero.

JOSE. Sí.

ERN. Y usted tambien ha simpatizado conmigo.

JOSE. Y usted conmigo, si señor.

ERN. Cuál es su gracia?

JOSE. José, para servir á usted.

ERN. Y á Dios, como todo humilde pecador.

JOSE. (Vamos, de la familia.) Conque no conoce usted á doña Soledad?

ERN. No, porque desde pequeño mis padres me llevaron á Madrid y nunca he venido por Toledo, á pesar de que en todas sus cartas ha manifestado vivos deseos de conocerme.

JOSE. Pues su tia de usted, caballero, es un modelo de virtudes, si señor. No hay uno en Toledo que no la bendiga y la considere como se merece. En fin, aquí la llaman «La madre de los pobres.» No le digo á usted más.

ERN. (Con entusiasmo.) ¡La madre de los pobres! ¡Oh! (Dios quiera que me mire como á un hijo.)

JOSE. Si usted la viera como yo la he visto muchas veces en este antiguo y austero salon, vestida de negro, cubierta con el manto, con el rosario en la mano ó haciendo calceta...

ERN. Tarda mi tia... y yo... no sé si con motivo del viaje, ó no sé por qué... parece que siento así una especie...

JOSE. De apetito, eh? Lo siento, porque no puedo ofrecer á usted nada. La señora tiene las llaves de la despensa, y hasta las siete que se come, no es posible...

ERN. Y qué hora es? (Se oyen las seis en un reló de torre.)

JOSE. Las seis y la señora no debe tardar... (Se asoma á la ventana.) Eh? qué le decía? Mírela usted! Si es más exacta que un reló!

ERN. Cómo! Esa señora enlutada es mi tia?

JOSE. Sí, es su traje habitual, y no es porque no tenga vestidos, no señor; porque precisamente todos los meses la modista le trae uno nuevo. Pero allí están, en su guardaropa. No se los pone nunca.

ERN. (Claro, como que será una marmota.)

JOSE. Aquí la tiene usted ya!

ESCENA IV.

DICHOS y SOLEDAD, de negro con manto y velo echado, mitones negros, rosario y libro de oraciones.

SOL. Santas y buenas noches, José!

ERN. y JOSE. Felices las dé Dios.

SOL. Toma. (Dándole el libro.) Cómo! Una persona extraña en mi casa? José, qué significa!...

JOSE. Este caballerito es su sobrino de usted que acaba de llegar de Madrid.

SOL. Mi sobrino Ernesto! (Gracias á Dios!)

ERN. El mismo, querida tia, y no puede usted figurarse.. (Va á abrazarla y Soledad retirándose le tiende la mano para que se la bese.)

SOL. Dios te haga un santo.

ERN. Amen.

SOL. Eres todo un hombre.

ERN. (Ya lo creo.)

SOL. José, puedes retirarte.

JOSE. (Me es simpático el sobrino.) (Se va.)

SOL. (Deseaba conocerle y... ahora!...)

ESCENA V.

ERNESTO y SOLEDAD.

Pequeña pausa. Soledad se sienta en el sofá y hace señas á Ernesto de que se siente.

ERN. (Ya empezó Cristo á padecer!)

SOL. Siéntate, sobrino.

ERN. Como usted quiera, tia. (Se sienta con timidez bastante retirado.)

SOL. Pero no tan retirado.

ERN. Como usted quiera, tia. (Acerca la silla un poco.)

SOL. Aquí, á mi lado.

ERN. Como usted quiera, tia. (Poniéndose junto á ella.)

SOL. Así. Eso es. Mira, yo mientras tú hablas haré calceta. (Cogiéndola del velador.)

ERN. (Bonita labor.)

SOL. Mis oidos son tuyos; pero mis manos, sobrino mio, pertenecen á los pobres...

ERN. (Que no tienen calcetas.)

Sol. Habla, ya te escucho. Díme el motivo de esta repentína visita, la cual no esperaba, bien lo sabe Dios.

Ern. Pues... mi venida, querida tia, se reduce á... pedirla á usted...

Sol. Qué?

Ern. Un... un consejo... (Yo no sé cómo abordar la cuestion.)

Sol. Un consejo á mí, sobríno?

Ern. Y á quién mejor? Únicamente su sabiduría y su experiencia pueden guiarme en este mundo.

Sol. Ay, Ernesto! Dónde quieres que haya adquirido esa sabiduría y esa experiencia de que me hablas, si huérfana y encerrada en un convento desde mi más tierna infancia, el mundo para mí jamás ha existido. Á los veintidos años abandoné el claustro y vine á habitar esta casa, que no era para mí más que un recuerdo de la infancia, sin más pensamiento que el hacer bien á los desgraciados que reclamáran mi proteccion y servir á Dios llevando una vida austera y tranquila. Sin embargo, aunque no pueda darte consejos, te escucharé. Habla.

Ern. En primer lugar, querida tia, permítame usted que le dé las gracias por la pension que me tiene señalada.

Sol. Gracias; cuando cumplo un sagrado deber?... No eres mi sobrino? Mi único pariente? Ó me lo dices acaso porque la pension no basta á cubrir tus gastos...

Ern. Ya lo creo que no me basta.

Sol. Cómo?

Ern. (Diablo.) No me basta, porque son infinitos (los ingleses) los desgraciados á quienes socorro.)

Sol. Ah! Eso es otra cosa!

Ern. En fin, voy á hablarla á usted con franqueza y á decirla el motivo principal de mi viaje. (Pecho al agua.) Como el vivir en la córte es una tentacion contínua, y esas calles de Madrid, la Carrera de San Gerónimo, por ejemplo, ofrece tantos atractivos, yo... sin poderlo remediar... En fin, abreviaré: la ví y concebí una pasion

enloquecedora.

SOL. La viste?... (Dónde irá á parar!)

ERN. Desde aquel momento tengo en ella fijo mi pensamiento y no ambiciono otra cosa que llamarla mia.

SOL. Ernesto... Esas confidencias...

ERN. No tienen nada de particular, querida tia, tratándose de una cosa tan hermosa!

SOL. Jesús!

ERN. Oh! no hay cuidado. Está revisada por la censura eclesiástica! Y luégo está encuadernada...

SOL. Encuadernada!

ERN. Es una obra magnífica.

SOL. Una obra?

ERN. Anales de la virtud práctica.

SOL. Ah!

ERN. Treinta y siete tomos de moral, querida tia.

SOL. Oh! pues siendo así, es preciso que la compres.

ERN. Ese... ese es mi deseo... pero como...

SOL. Cuesta mucho?

ERN. Bah! Una friolera! Cuarenta mil reales.

SOL. Cómo?

ERN. Cuatro mil, me he equivocado! (La pícara costumbre.

SOL. Ah!

ERN. (Ya la había asustado!)

SOL. Es decir que tus ahorrillos no alcanzan y quieres que yo...

ERN. Ay, señora! Mis ahorrillos se quedaron en Capellanes hace seis dias.

SOL. En Capellanes?

ERN. (Otra torpeza.) Sí, es un establecimiento de... huérfanas recogidas, fundado últimamente por... por la sociedad protectora de... animales! (Ya no sé lo que digo!) y como... nos protegemos unos á otros... yo los socorro de vez en cuando y... (Nada, que me he hecho un lío.)

SOL. Eso es. La caridad sobre todo, querido Ernesto.

ERN. Sí, sí, yo soy muy caritativo.

SOL. (Me encanta su sencillez y me embobo oyéndole!)

ERN. (Sudo manzanilla de tanto mentir.)

SOL. Voy á buscar el dinero que necesitas y vuelvo en seguida.

ERN. Tia de mi corazon! Angélica! Ya no te me escapas!

SOL. Qué?

ERN. Pero qué angelical es usted y que... Mi felicidad estriba en los treinta y siete tomos de moral.

ESCENA VI.

DICHOS y D. BERNARDO.

BERN. Con permiso, señora! Aún está aquí, llego á tiempo.

SOL. Qué sucede, don Bernardo?

BERN. Sucede, señora, que por una prodigiosa casualidad acabo de saber cosas... (Mirando á Ernesto.)

ERN. (Ay! ay! ay!)

BERN. Cosas que, como á mí, la han de llenar de asombro.

SOL. Pero bien, qué cosas son esas, don Bernardo?

ERN. (Las mias, como si lo viera.)

BERN. Ante todo, sabe usted quién es este caballerito?

SOL. Mi sobrino Ernesto.

ERN. Eso es... su sobrino!

SOL. Que ha venido á verme, en primer lugar, y en segundo á proporcionarme la satisfaccion de hacer una buena obra, poniéndole en posesion...

BERN. De cuatro mil reales que le hacen falta...

ERN. (Cómo lo sabe?)

SOL. Justamante. Para comprar una obra edificante. Una edicion muy rara.

ERN. Treinta y siete tomos de moral.

BERN. Calle usted la boca! Aún no se avergüenza usted de seguir engañando á una santa señora? Lo sé todo, señor mio.

ERN. Qué?

SOL. Explíquese usted, don Bernardo. Qué es lo que sucede?

ERN. (Vamos, tiró el diablo de la manta!)

BERN. Que todo cuanto le haya dicho á usted este caballero, es un puro embrollo! Que es uno de los calaveras más empedernidos de la córte, y que fingiéndose un inocente y un santo, pretendía sacar á usted ese dinero. Que tiene relaciones amorosas con una tal Angélica, amazona del circo de Price de Madrid, á la cual ha robado y piensa llevarse á Portugal.

SOL. Sobrino, es verdad?

ERN. No señora, yo no la robo.

BERN. Cómo que no?

ERN. No, porque es ella la que me roba á mí.

BERN. Pero y esta carta que entre otras se ha caido de su maleta de usted...

ERN. Si usted no la hubiere registrado!

BERN. Si la maleta no hubiera estado rota!

SOL. Ernesto, ese engaño...

BERN. Oiga usted, oiga usted la cartita. (Lee.) «Querido Ernes»to: deseaba por momentos que llegase el dia feliz de »dejar para siempre el circo, las piruetas y las cintas, »para pasar contigo al galope el aro del matrimonio» Pues, quiere hacerle pasar por el aro.

ERN. Como si fuera un caballo amaestrado.

SOL. Continúe usted.

BERN. «Ahora bien, como tengo la seguridad de que te darás »maña para sacar á tu tia los cuatro mil reales...» eh? «los cuatro mil reales que necesitamos para irnos á Lis»boa, hoy le he dicho al director, que mañana por la »noche trabajo por la última vez, y me despido de la »compañía. Adios, tuya, Angélica, La reina de los aires.» La reina de los aires!

SOL. Pero sobrino, es posible?

ERN. Pues bien, sí, al diablo la hipocresía. Yo adoro á Angélica y Angélica me adora á mí. Soy jóven. Amo los placeres del mundo... la libertad!... y quiero extender mucho más mi vuelo! Necesitaba dinero y he venido á pedírselo á usted. Eso es todo.

BERN. Lo ve usted?

SOL. Perdido, perdido para siempre!

ERN. Creyendo que le disgustaría mi conducta franca y sincera, intenté bajo la máscara de la hipocresía alucinar á usted. Pero una vez que nada he conseguido, recobro mi libertad y vuelvo á ese mundo de placeres que por un momento he abandonado y en el que á cada edad se le da lo suyo.

SOL. No, eso no, tú no sales de aquí.

BERN. Déjele usted, déjele usted que se vuelva con su titiritera.

SOL. No lo consentiré, no señor. Soy su tia, el único apoyo que tiene en la tierra, y sabré cumplir con mi deber, apartándole del abismo á que se precipita ciego y desenfrenado.

ERN. Cómo! pretende usted acaso que viva en este caseron lóbrego y tenebroso, sin otra luz que la de la ignorancia? Sin otros placeres que el sermon, los golpes de pecho y el ayuno? Aquí donde todo es negro y austero! Donde el espíritu se empequeñece. Aquí donde el pensamiento y la fantasía de la juventud se encierran en una jaula de hierro. Aquí, en fin, donde no pueden existir ni la verdad, ni el amor, ni el encanto de la familia.

BERN. Qué escándalo!

SOL. Ernesto, ya lo he dicho, no saldrás de aquí hasta que estés curado de esa idea que alucina tus sentidos. Sígame usted, don Bernardo.

ERN. Pero señora, es una tiranía!

BERN. Y por qué no se ha de marchar?

SOL. Porque yo no lo consiento.

ERN. Tia!

SOL. Vuelvo en seguida! Espérame aquí.

BERN. (Ay! ay! ay! Malo va esto.) (Vánse por el foro cerrando puerta.)

ESCENA VII.

ERNESTO, luégo JOSÉ dentro.

ERN. Me he lucido, voto á cuatro mil... Adios viaje y adios sueños de felicidad! Si se figurarán acaso que me van á detener aquí á la fuerza? Está usted equivocada, querida tia! Ahora mismo... (Se oye echar la llave en la puerta del foro.) Calla! Me encierran! Condenacion! pues esto es peor todavía... Ah! por aquí... cerrada tambien. Pero, señor, esto es indigno. Bah, no, yo he de salir aunque sea por esta ventana. De mí no se burla nadie! Dios mio! No es posible... si salto me rompo la crisma! Lo ménos hay cuarenta piés de altura. (Se oyen golpe en la puerta del foro.) Qué hacer!... llaman en esta puerta.

JOSE. (Dentro.) Don Ernesto, don Ernesto.

ERN. Ah! Es el mayordomo! Abra usted.

JOSE. No puedo. La señora tiene la llave!

ERN. Es decir que no hay medio de escapar?

JOSE. Por ahora no; pero tenga usted calma y saldrá.

ERN. Calma! Calma! Y qué es lo que voy á hacer encerrado en esta caverna?

JOSE. Sobre el velador tiene usted libros en latin. Puede usted distraerse.

ERN. Ó dormirme. José... José... Ya se ha marchado.

ESCENA VIII.

ERNESTO.

Qué diablos! Si al ménos me hubiera traido algo que comer, reforzaría mi estómago, que buena falta le hace. Por otra parte, el sueño y la molestia del viaje... Bonito viaje, por vida mia! (Se sienta en la silla volante al lado del velador de la derecha.) En fin, qué remedio! tendremos paciencia y leeremos, haber si logro coger el sueño! (Coge un libro.) «Vida de san Marcos.» (Lo deja.) Por ahora no pienso entrar en la cofradía! (Coge otro.)

«Santa Úrsula y las once mil Vírgenes!» (Le deja.) Mucha lectura es esta para un hombre solo! (Coge otro.) «Vida de santa Filomena.» Pero si no me gusta meterme en vidas ajenas, ¿quién me manda?... Bah! dejemos la lectura y procuremos dormir si es posible! La habitacion y la luz no pueden ser más apropósito. Han tenido gusto para adornar la casa! Ahaa! qué estará haciendo Angélica á estas horas?... Envuelta en una nube de gasas y al compás de una alegre *quadrille* cruzará los aires, y yo... yo no estaré en las sillas para mirarla con los gemelos, ni á la salida podré convidarla á cenar. Sí, Angélica, tú eres mi reina!... Mi... síl...fi... de... (Se queda dormido.)

ESCENA IX.

DICHO, SOLEDAD y JOSÉ, por la segunda puarta izquierda.

SOL. Por Dios, José, no hagas ruido.

JOSE. Qué, si está durmiendo. Y es natural... el viaje...

SOL. Tenías razon, José. Y ya ves, yo no he tenido la culpa. Ese don Bernardo le ha tratado de un modo... Estoy segura de que Ernesto se ha enfadado conmigo. Y mira, eso me disgustaría mucho, porque al fin es mi sobrino.

JOSE. Claro.

SOL. Y luégo que he simpatizado con él.

JOSE. Oh! Y él la quiere á usted mucho, no lo dude usted.

ERN. (Soñando.) Angélica!

SOL. Qué dice?

JOSE. Sueña con usted: dice que es usted muy angelical.

SOL. De veras? Pobrecillo!

ERN. (Soñando.) Volar!

SOL. Me parece que ha dicho algo.

JOSE. Sí; que quiere volar.

SOL. Esa idea me hace daño!

OSE. Y por qué, señora? Si despues de todo no hay cosa más natural!

SOL. Cómo?

JOSE. Mire usted. Hace doce ó catorce dias que en el jardin cogí un jilguerillo y lo encerré en una jaula pequeña y desvencijada. Al dia siguiente, al entrar en mi habitacion le encontré muy alicaido, muy triste y sin tomar apenas la hoja que le puse. Yo no sabía á qué atribuir aquella tristeza, hasta que al fin se me ocurrió una idea.

SOL. Una idea?

JOSE. Compré una jaula más grande, la adorné con flores, le puse agua y cañamones en abundancia, le encerré en ella y la colgué en la ventana que da al jardin. Pues lo creerá usted? Esto bastó para alegrarle y volverle á la vida de tal modo, que ahora me ve llegar, le abro la jaula y se pone á dar saltos de alegría sin hacer caso de la libertad que le ofrezco!

SOL. ¡Ah!

JOSE. Y es natural. El jilguero estaba acostumbrado á la libertad, á la luz, á la vida, en fin, y el encerrarle en una jaula raquítica y tenerle en la oscuridad, era matarle.

SOL. Y bien?

JOSE. Que éste es su jilguero de usted. Adórnele usted la jaula. Que no eche de ménos el mundo en que ha vivido, y rodeado de luz y preso en una jaula de oro, para nada se acordará de la libertad que ahora desea.

SOL. Bien, pero cómo hacer...

JOSE. Cómo trasladarle á otra jaula? Muy fácilmente. Haga usted lo que yo. Primero... fuera estas fundas.

SOL. Ah, ya! (Entre los dos quitan todas las fundas.)

JOSE. Verá usted su sorpresa cuando despierte!

SOL. Por Dios, no metas ruido y ántes de tiempo...

JOSE. Hola, parece que ya le interesa...

SOL. José!

JOSE. No, si eso es natural! Ajajá! Ahora las luces!

SOL. Si así lográsemos retenerlo...

JOSE. Téngalo usted por seguro. Yo le respondo á usted de

ello.

SOL. Date prisa no despierte. (Enciende todos los candelabros.)

JOSE. Ya está el pájaro en su jaula de oro. Del agua y los cañamones yo me encargo.

SOL. Conque nada falta?

JOSE. Nada absolutamente. Es decir... Sí, falta una cosa esencial de la que yo no me había acordado. Para que el pájaro no eche á volar es preciso tambien... Vamos!

SOL. José! No te comprendo.

JOSE. Pues bien, para halagar á los pajaritos y hacer su cautividad más halagüeña, es preciso que ademas de la jaula y la comida se les trate con cariño, con amor.

SOL. Con amor!

JOSE. En una palabra; necesita tener á su lado una compañera.

SOL. Una compañera?...

ERN. (Soñando.) Ese es el amor, Angélica.

SOL. Que se despierta José. Sígueme, que no nos vea.

JOSE. (Pues señor, me parece que ya tenemos pajarera.)

(Vánse por la segunda izquierda llevándose las fundas, el quinqué, y al cerrar hacen un gran ruido.)

ESCENA X.

ERNESTO, luégo JOSÉ de frac y guantes, por el foro.

ERN. (Despertando.) Eh? Angélica, qué es eso! Calla! Pues me he dormido efectivamente. Dios mio! Qué es esto, dónde estoy? Continuo soñando ó estoy despierto! Este salon! Estos muebles! Tantas luces! Esto es un cuento de las mil y una noche! Adónde me han traido? Sin embargo, no. Yo estoy seguro de haberme dormido en casa de mi tia. Una sala oscura y antigua! Sí, pero esta es nueva y riquísima. Qué lujo! Oh! es preciso averiguar... (Sube al foro y toca la campanilla. Se abre la puerta dejándose ver otro salon iluminado y lujosamente puesto. En seguida sale José.) Pero qué significa esta profusion de luces?

OSE. Llamaba el señor?

ERN. Cómo, José, usted en ese traje?

JOSE. Llegó usted esta tarde tan de improviso, que ni aun tiempo hubo de limpiar la jaula.

ERN. Cómo la jaula?

JOSE. La casa, la habitacion.

ERN. Y han aprovechado ustedes mi sueño para...

JOSE. Justamente.

ERN. Luego mi tia no es enemiga del lujo, de la comodidad. ¿No es en fin lo que parece?

JOSE. Cá, no señor, todo al contrario. Fausto y abundancia. Esa es nuestra divisa.

ERN. Luego es decir que yo... sólo yo... soy el que no está en consonancia con todo esto. (*Saca los guantes medio aturdido y empieza á ponérselos.*) Oh! qué aturdimiento... Si yo lo hubiera sabido ántes...

JOSE. Si ahora quiere el señor, se le servirán los cañamones.

ERN. Cómo los cañamones?

JOSE. La comida.

ERN. Oh, sí, sin duda, José. (*José sube al foro á llamar á los criados.*) Pues señor, continúo no sabiendo si sueño ó estoy despierto. Pero qué demonios! Mientras me traten así no creo tener motivo de queja. (*Salen dos criados elegantemente vestidos llevando un velador con servicio de comida lujosamente preparado.*)

JOSE. Déjenlo ustedes aquí.

ERN. Lo dicho, esto es una comedia de magia.

JOSE. Pueden ustedes retirarse. (*Vánse los criados.*) El señor está servido. Cuando guste...

ERN. Oh sí! Al momento. Qué olor más sabroso despide la comida!

JOSE. Regular.

ERN. El vino será magnífico.

JOSE. Excelente, si señor. No hay otra bodega como la nuestra.

ERN. Tienes razon, es riquísimo! Quién me hubiera dicho que iba á hallar esto en una casa en que todo parecía tris

te y lúgubre, inclusos mi tia y ese señor administrador, que tiene cara de no hacer cosa buena.

JOSE. Pues no sabe usted lo mejor.

ERN. Cómo, explícate.

JOSE. Á fuerza de administrar los cuantiosos bienes de la señora, les ha tomado tanto cariño, que no creo le disgustaría administrarlos por cuenta propia.

ERN. Ah! vamos... comprendo, un pretendiente... Já, já! Pero tan rica es mi tia?

JOSE. Oh! fabulosamente rica!

ERN. Fabulo... otra copita, José... brindemos á la salud... del capital de mi tia. Hombre, quisiera ser el médico de ese enfermo.

JOSE. Del dinero?

ERN. Sí, porque á fuerza de sangrías le mataba, de fijo. Lo dicho, José, es un nectar delicioso este vino.

JOSE. Parece que ahora el encierro no le es á usted tan penoso?

ERN. Sin embargo, si tuviera á mi lado una mujer...

JOSE. Una mujer! Pues y su tia de usted?

ERN. Mi tia... no es mujer... su aspecto ridículo... su presencia grotesca... siempre de negro, con el rosario en la mano... y... llamarse mujer! No es posible! Tú no sabes lo que es la mujer? La verdadera mujer?

JOSE. Yo?

ERN. Verás. Una mujer es...

SOL. (Saliendo.) José, déjanos.

ESCENA XI.

DICHOS, SOLEDAD, elegantemente vestida.

ERN. Dios mio!

SOL. Si pregunta don Bernardo por mí, que espere.

JOSE. (Ap. á Ernesto.) (Y esa, es mujer?)

ERN. Oh! y hermosísima! Pero quién es?

JOSE. Toma, su tia de usted.

ERN. Mi ti... Mira, bergante, te bromeas conmigo?

JOSE. No, si no son bromas, señor. Es doña Soledad, su tia de usted.

SOL. (Dios mio! Estoy avergonzada!)

ERN. (Mi tia... Pero y la calceta?) (Soledad hace señas á José que se marcha.)

SOL. José...

JOSE. Al momento, sí señora. (No se por qué, pero se me figura que he puesto al pájaro demasiados cañamones.) (Váse.)

ESCENA XII.

ERNESTO y SOLEDAD.

ERN. (Pequeña pausa.) (Pues señor, esto no es posible! Yo debo estar soñando todavía!)

SOL. (Qué pensará de mí al verme con este traje?)

ERN. (Si, yo necesito explicarme este misterio. Yo necesito despertar.) Señora, quiere usted tirarme un pellizco?

SOL. Jesús, y para qué?

ERN. Para convencerme de si lo que veo es una realidad ó un sueño.

SOL. Un sueño!

ERN. Qué es, pues, lo que me está pasando hace media hora? Qué casa es esta? Quién es usted? Quién soy yo?

SOL. Cómo, Ernesto, no reconoces á tu tia?

ERN. Pero... ¿y la de ántes? la del velo? la de... la calceta? En fin, la vieja.

SOL. Yo.

ERN. De modo que la vieja es la jóven; la jóven es... mi sobrino y yo soy tia de la vieja y jóven del... Ay! ay! ay! Ya me he hecho un lio.

SOL. Efectivamente. Tú razon no se explica este cambio, y nada tiene de particular. Escucha, al conocer tus extravíos hace un momento, mi primera intencion fué mostrarte el camino del bien, haciéndote ver las venta-

jas de la vida austera y la felicidad eterna por medio de la reflexion y el recogimiento. (Movimiento de Ernesto.) Estaba equivocada, tienes razon. Despues he reflexionado y veo que es inútil encerrar el pensamiento y la fantasía de la juventud en una jaula de hierro. Por lo tanto, tiende de nuevo tus alas hácia el mundo que has dejado con tanto dolor, libre eres. Pero ántes de marcharte, toma; en esa cartera encontrarás dinero suficiente para proporcionarte más placeres aún de los que tú pudieras ambicionar! Vuela, deja tu cárcel y sé feliz... como yo en mi soledad lo soy tambien. (Se sienta en el sofá de espaldas á Ernesto. Pequeña pausa. Ernesto mira á la cartera, é insensiblemente sin darse cuenta se sienta en la esquina del sofá.)

ERN. Sí, el dinero... Cómo se alegrarían mis ingleses! Angélica, yo creo que debo marcharme! Sí, sí... me voy, me voy. (Se sienta. Ve la calceta al pie del sofá, la recoge y se queda con ella en la mano.)

SOL. Ernesto! Yo creí que te habías marchado... pero Dios mio, qué es eso, estás haciendo calceta?

ERN. Sí, estaba cogiendo unos puntos.

SOL. Já, já. Déjalo. Esa es labor de viejas.

ERN. Y de jóvenes, de jóvenes tambien. Sí señora! Oh! si yo me caso, he de hacer que mi mujer me haga los calcetines. Porque sepa usted, que á mí me gusta ver hacer calceta. Ya lo creo que me gusta. Aún recuerdo cuando mi madre...

SOL. Pero no te ibas á marchar? Mira que el tren debe salir dentro de un cuarto de hora á lo sumo.

ERN. Un cuarto... Ah! entónces me quedo media horita más. Tengo tiempo.

SOL. Como quieras. (Coge el bastidor y se pone á bordar.)

ERN. Y qué hermosa es mi tia! Qué mano tan chiquitita y tan... (Soledad, que está bordando, levanta la mano derecha hasta la boca de Ernesto. Éste la da un beso.)

SOL. Ernesto!

ERN. No le pude contener. Se me escapó, querida tia!

SOL. Esa falta de respeto...

ERN. Pégueme usted, lo merezco. Pero ya no lo haré más. Y se ha enfadado... Tia... tiita!...

SOL. Qué querías, sobrino?

ERN. Se ha incomodado usted conmigo, verdad? Claro es! Soy tan atrevido! Tan incorregible! Mire usted, me daría de bofetones algunas veces!

SOL. Pero por Dios, Ernesto, tú te lo hablas todo! Quién te dice que me haya incomodado?

ERN. Sí, como que eso no se conoce en la cara!

SOL. Y qué tiene mi cara?

ERN. Conque no, eh? Ahora va usted á negarme que no se ha enfadado?

SOL. Pero si no hay tal.

ERN. Sí, sí hay tal.

SOL. No se cómo quieres que te lo pruebe.

ERN. Ah! quiere usted probarme que no está enojada?

SOL. Sí.

ERN. Pues déjeme usted darle otro beso!

SOL. Oh, eso no! (Levantándose.)

ERN. Lo ve usted? Si ya lo decía yo.

SOL. (Habré hecho mal en consentir en este cambio. Es tan extraordinario lo que pasa en mi corazon!)

ERN. Conque querida Angélica, (Huy! Condenado nombre!)

SOL. Angélica!

ERN. (No se le escapa nada.)

SOL. (Ese nombre me hace daño!) Qué, te marchas ya?

ERN. Yo... si... (Malditas las ganas que tengo de marcharme!)

SOL. Ah! no te olvides, sobre todo, así que llegues á Madrid, de adquirir la obra... esa de que hace poco me hablabas.

ERN. No, si probablemente cuando llegue á Madrid ya otro la habrá comprado... y hasta la habrá leido. Pero como ya no tengo afan por adquirirla, entre estos libros creo encontrar alguno que me distraiga.

SOL. Oh! si te quedaras!...

ERN. Cómo, que si me quedara? Pues ya lo creo que me quedo. Nada, decididamente me quedo... sí señora, me quedo. No me he de quedar?

SOL. (Dios mio!)

ERN. Pero no, mi permanencia en esta casa no va á ser posible, querida tia!

SOL. Por qué?

ERN. Ahora es usted soltera, es verdad! Pero si un dia se casa usted y á su marido le parece mal mi estancia en la casa, entónces...

SOL. (Casarme!)

ERN. Lo mejor será marcharme! Estoy resuelto...

SOL. (Se aleja y quizás para siempre. ¡Oh, no!) Ernesto?

ERN. Qué?

SOL. Nada, que la portezuela de la jaula está abierta y me temo...

ERN. Que vuele el pájaro! Es verdad! Oh! Pero hay un medio para que no eche á volar.

SOL. Y ese medio es...

ERN. Cortarle las alas.

SOL. Ernesto!

ERN. Tia! (Arrodillándose y besándole la mano.)

ESCENA XIII.

DICHOS, D. BERNARDO y JOSÉ por el foro.

BERN. Qué veo!

SOL. (¡Dios mio!)

ERN. (Ahora va á ser ella!) (Soledad se habrá sentado en el sofá de espaldas á D. Bernardo, cerca del velador bordando.)

BERN. Qué profanacion! Qué escándalo! En una casa respetable!

ERN. Pero señor mio!

BERN. Silencio! y salga usted de aquí inmediatamente con esa... señora. Con su Angélica sin duda. Con la reina de los aires, que habrá venido á buscarle. Á profanar este

templo de virtud con su impura planta.

ERN. Muy bonitas frases! Hoy se conoce que está usted inspirado!

BERN. Aún tiene usted valor de burlarse?

JOSE. Já, já, já!

BERN. Silencio!

ERN. Pero...

BERN. He dicho que se callen ustedes. Si su señora tia lo supiese... Si presenciára esta escena y este despilfarro, se moriría de fijo! Y despues de todo si fuese una pasion séria, del mal en ménos. Casándose...

ERN. Ese es mi deseo.

BERN. Pero... entendámonos. Casarse... con ésta.

ERN. Con esa... á quien adoro con todo mi corazon!

BERN. Mire usted que le cojo la palabra!

ERN. Bien!

BERN. Que le caso!

ERN. Corriente; ni ella ni yo nos oponemos!

BERN. Entónces yo mismo me encargo de arreglarlo todo, jurándome ustedes que la señora no sabrá nada; usted no se lo dirá, eh?

ERN. Yo? Qué, de ningun modo!

BERN. Usted por supuesto...

JOSE. Tampoco!

BERN. Y usted, seño...rita?

SOL. (Volviéndose.) Yo guardaré el más profundo secreto.

BERN. Ella! La señora... y él!... Abur! (Váse.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ménos D. BERNARDO.

ERN. Qué pisto lleva el pobre administrador!

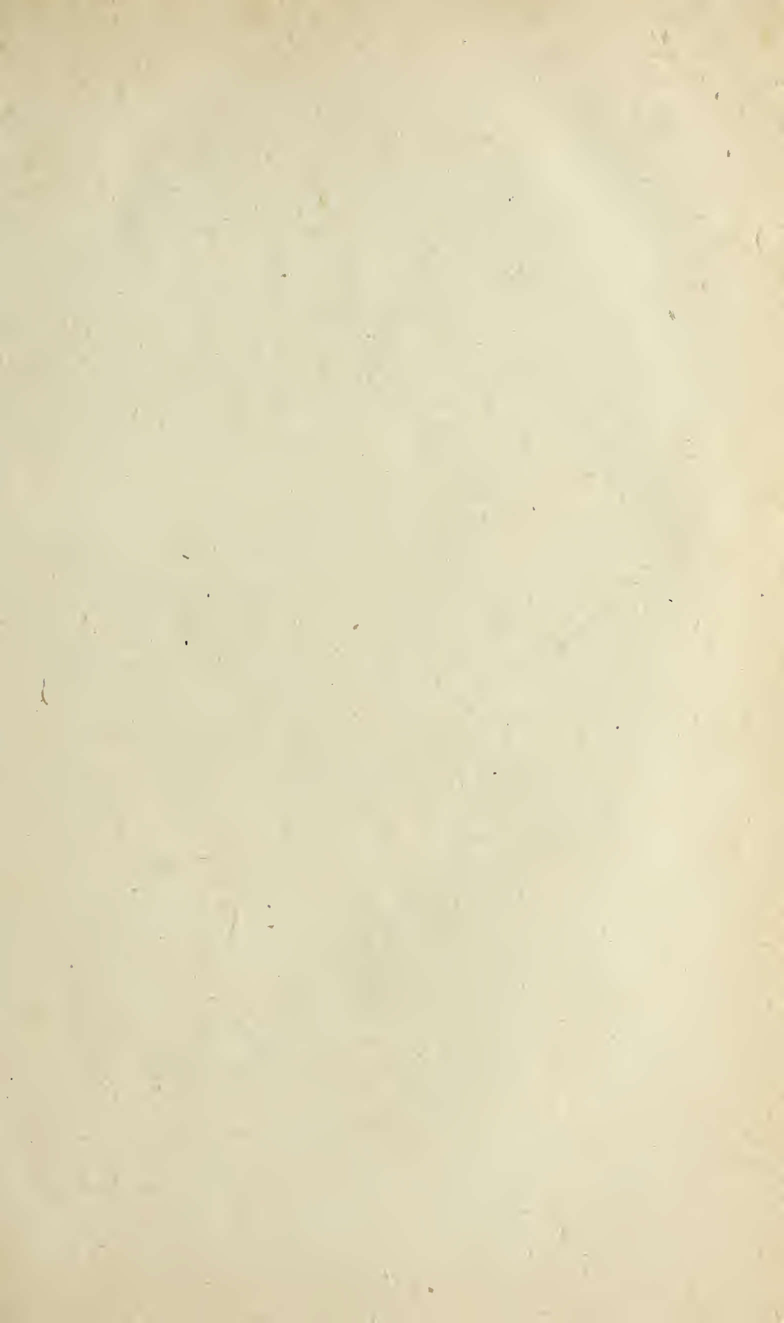
SOL. Me da lástima!

JOSE. Ese pajarraco sí que no encontrará otra jaula como esta.

SOL. Y tú eres feliz?

ERN. En tu amor, tia hechicera,
hallar la ventura espero,
siendo yo tu prisionero,
siendo tú mi carcelera.
Cien vidas si las tuviera
por conservar el tesoro
de la cárcel donde hoy moro
á tu cariño inmolára,
que no siempre nos depara
la suerte una JAULA DE ORO.

FIN.





		TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde
7	2	La evidencia...............	3	F. Perez Echevaría..	»
3	3	La rosa amarilla—c. o. v.....	3	Eusebio Blasco.....	»
3	2	Los niños y los locos.........	3	Eusebio Blasco.....	»
		Pablo ó la Providencia.......	3	F. Cid Rodriguez...	»
5	;2 a.	Reinar para no reinar—d.o.v.	3	José de Velilla........	»
6	3	Una criolla—c. o. v..........	3	A. García Gutierrez.	»

ZARZUELAS.

		¡De los toros!..	1	Sres. Nombela y Castillo.	M.
		El amor de un boticario.....	1	D. Cárlos Mangiagalli..	M.
2	2	El estudiantillo.............	1	Sres. Cuartero y Herndz.	L. y M.
		La sombra de Carracuca.....	1	Llombart y Garrido..	L.
5	1	Lo que puede decirse, *parodia*.	1	D. Cárlos Mangiagalli...	M.
		Ladrones!.................	1	Sres. Cuartero, Amatriain y Ruiz.....	L. y M.
3	2	Los carboneros.............	1	Pina y Barbieri.....	L. y M.
2	3	Maestro de amor...........	1	Navarro y Alcalá Galiano............	L. y M.
2	2	Por cambiar de domicilio.....	1	Olier y Taboada....	L. y M.
3	1	Quítese usted la ropa.......	1	Mota y Mart. Rucker.	L. y M.
		Quiera usted á mi mujer.....	1	D. Cárlos Mangiagalli..	M.
		Skating Ring..............	1	Mariano Barranco...	L.
	»	Un crímen misterioso.......	1	Sres. Lastra y Valverde y Chueca.........	L. y M.
		Un maestro de obra prima...	1	Ruesga, Valverde, y Chueca..	L. y M.
2	9 c.	¡Á los toros!...............	2	Vega, Valverde y Chueca..........	L. y M.
		¡Bonito país!	2	Valverde, Breton y Chueca..........	M.
		El empresario de Valdemorillo.	2	R. Carrion y P. Dominguez........	L. y M.
	»	El laurel de oro............	2	Rubio y Taboada....	M.
		El pájaro verde.............	2	D. Cárlos Mangiagalli..	M.
		Huyendo de ellas...........	2	Sres. Povedano, Navarro, Breton y Valle....	L. y M.
		Los Madriles...............	2	Ramos y P. Doming.	L. y M.
		Amapola..................	3	Lecoq.............	M.
		La panadera...............	3	Offenbach.........	M.
		Los sobrinos del capitan Grant.	4	D. M. Ramos Carrion..	L.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas: de *D. Alfonso Durán*, y *J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo: de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.